

CAPÍTULO XLII. *De el santo varón fray Juan de San Francisco, de su entrada en la religión y venida a esta tierra, y de algunas cosas milagrosas con que nuestro Señor lo ilustró y adornó*



ESTE VARÓN SANTO FUE NATURAL de un pueblo llamado Veas, en el reino de Murcia. Estando estudiando en la Universidad de Salamanca, tocando de la mano de el Señor, acordó dejar el mundo, lleno de tantos peligros y tomar el hábito de religión, en el convento de nuestro padre San Francisco, de la misma ciudad; donde habiendo pasado el tiempo de su noviciado, y acabado el curso de sus estudios, acordó de pasar a esta provincia de el Santo Evangelio, en esta Nueva España, el año de 1529, con celo muy ferviente de la conversión de los indios. Fue varón de mucha oración y contemplación y juntamente grande obrero en la labor de la viña de el Señor, en la cual ocupaba lo más de el día, por la muchedumbre de creyentes que en aquel tiempo ocurrían a recibir el bautismo y doctrina de la iglesia católica, y por la falta de ministros que entonces había para este efecto. A la noche acudía a la oración y recogimiento interior, diciendo aquellas palabras de el Profeta: En el día encomendó el Señor las obras de misericordia, y en la noche sus alabanzas. Con lo cual fue tenido por uno de los señalados obreros que en esta Nueva España había, así en santidad de vida como en doctrina y fruto de los naturales. Fue electo en octavo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, después de haber renunciado este oficio el muy docto y religioso varón fray Juan de Gaona. Era sincerísimo, juzgando de la pureza de su alma, que todos eran de su manera. Y así de ninguna persona puesta en estado de religión podía imaginar cosa de pecado; y es muy proprio de los semejantes esta condición; porque como dice Cristo por San Mateo:<sup>1</sup> Si tu ojo fuere limpio y claro, todo tu cuerpo lo será; queriendo decir en esto (como dice Lira)<sup>2</sup> que si la intención es justa y buena, lo serán también las obras, y éstas resplandecían en este santo varón con grandísimo exceso, lo cual fue causa que el oficio de provincial que tuvo no lo ejercitase al gusto de algunos; porque hallando culpas en ciertos súbditos las exageró y castigó con todo rigor, por el excesivo fervor de espíritu en que le encendía el celo de la honra de Dios, no pudiendo tolerar sus ofensas, y así era fuerte reprehendedor de vicios, porque se le representaban como monstruos, apartados y aborrecidos de su pensamiento, como otro Elías que celando la honra de Dios hizo matar a todos los sacerdotes idólatras de la reina Jezabel, atemorizando con su santo celo a todo el pueblo de Israel.<sup>3</sup>

Nunca, de noche, metía lumbre en su celda, y lo mismo aconsejaba a sus compañeros diciendo que de noche mejor se gusta de Dios, sin lumbre

<sup>1</sup> Math. 6.

<sup>2</sup> Lira in hunc locum.

<sup>3</sup> 3. Reg. 8.

material; porque como dice David, Dios es la luz verdadera que alumbra las tinieblas:<sup>4</sup> y en otra parte, la luz de mis pies sois vos, Señor,<sup>5</sup> y la candela encendida de mis caminos y senderos. Y en tanta manera guardaba esto que aun siendo ministro provincial no permitía que, tañido al Ave María, se le diesen cartas ni le tratasen de negocios, hasta haber dicho misa otro día, porque decía él aquellas palabras de Cristo:<sup>6</sup> Bástale al día su trabajo. Y porque las cosas que se ofrecían del oficio, en aquel tiempo, eran tan pocas y leves, que en cualquier hora se les daba suficiente despacho. En lo demás traía su vida tan concertada que ninguna ocasión bastaba a sacarle de su punto. En diciendo misa (que era ordinariamente en saliendo de prima) se recogía en su celda para dar las gracias, en que se detenía gran rato; puerta y ventanas cerradas. Salido de allí se ocupaba, lo más del día, en las cosas anexas a su oficio, y en la doctrina y ministerio de los naturales, sin tomar tiempo de alivio, como es permitido, porque tenía tanto cuidado de la pureza de su conciencia, que en ninguna cosa dejaba derramar sus sentidos. Fue electo este bendito religioso en obispo de Yucatán; la cual elección él renunció por su humildad, alegando que no era idóneo para semejante cargo; caso bien digno de considerar y que a muy pocos acontece; porque aunque es carga (como dice el Apóstol,<sup>7</sup> según declaración de San Gerónimo, y se pone en la glosa ordinaria) no es pesada para algunos, pareciéndoles que tienen hombros para llevarla; y no advierten que es cruz, y que por llevarla bien y con las circunstancias debidas dio con Cristo nuestro bien en el suelo, arrodillando con ella, siendo pontífice que supo a lo que sabían los dolores de esta carga.

Cuando se ordenó de misa dijo a los compañeros que con él se ordenaban: ¿No habéis visto el carácter de el alma? Yo lo vi, cuando se me imprimió en ella, por el orden sacro que hoy he recibido. Esto parecerá a alguno imposible, por ser el carácter invisible; pero también el alma es invisible y con todo eso puede uno entender el conocimiento de la limpieza que en ella tiene, revelándose el Señor, y así no es inconveniente ver uno y entender cuando el carácter se le imprime, revelándose el Señor con los modos y maneras a la divina majestad, vistas y sabidas, por figuras representativas de esta impresión. Y aunque es verdad católica, que ninguno puede saber con certidumbre de fe si es amado de Dios en esta vida; pero si Dios lo quiere revelar, como lo reveló a muchos santos, y entre ellos a la Magdalena y a San Pablo, y a nuestro padre San Francisco y a otros, pues es señor absoluto, Él les puede conceder este privilegio particular; y así lo pueden saber, como este su siervo vio y entendió el carácter que se le imprimió. Y permitiría el Señor que lo descubriese para afirmar la fe de alguno que por ventura vacilaba en ella. Cuando vino de España trajo gran deseo de saber la lengua más general de los indios, para poder predicarles la palabra de Dios y enseñarles las cosas de la fe cristiana, y

<sup>4</sup> Psal. 17.

<sup>5</sup> Psal. 118.

<sup>6</sup> Math. 6.

<sup>7</sup> 1. Ad Tim. 3.

pedíalo a nuestro Señor con continuas lágrimas y oraciones. Y estando una noche en contemplación en su celda, en el convento de Tlaxcalla, vino sobre él un grande resplandor y admirado dijo: *Dominus illuminatio mea*, que quiere decir: el Señor es el que me alumbró. Y súbitamente se le manifestó que le era concedida, por don de el cielo, la lengua mexicana, que es la más general. Y no es maravilla para Dios, pues es muy ordinario efecto de su omnipotencia éste, como lo manifestó el día de Pentecostés en sus sagrados discípulos, dándoles la inteligencia no sólo de una sola lengua, sino de muchas, que muchas naciones hablaban, como se lee en los *Actos apostólicos*.<sup>8</sup> Y estos milagros, aunque son en orden de el provecho de su santa iglesia, también cayó este dicho sobre santidad muy grande, de que este santo varón era ilustrado; y luego otro día siguiente comenzó a predicar en ella, con grande admiración de los naturales; y en ella compuso un muy cumplido *Sermonario* y unas *Colaciones* de diversas materias, llenas de maravillosos ejemplos, en muestra de la merced que Dios le había hecho en manifestarle aquella lengua, para que predicase sus misterios, con lo cual hizo mucho fruto en la conversión de los indios, destruyendo la idolatría, desbaratando muchos templos de los demonios, quebrantando infinidad de ídolos y bautizando grande número de infieles en diversas provincias.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo nuestro Señor libró a este su siervo de el demonio que lo quería matar, y cómo fray Juan de San Francisco libró también otro indio, que el demonio le persuadía que se ahorcase*



NA DE LAS PROVINCIAS, DONDE MÁS FRUTO HIZO, y donde más trabajó este siervo de Dios, fue la de Tehuacán, pueblo principal (como en otra parte decimos) y particularmente dedicado a la cultura y servicio de los demonios, en su antigüedad, conforme a la etimología de el nombre que parece significar lugar de los dioses; y así era grande el número de los ídolos que en aquel pueblo había; y como el celo del varón de Dios era que sólo un Dios verdadero fuese adorado y destruidos todos los demás, que fingidamente usurpaban este nombre, hizo recoger el siervo de Dios de éstos todos los que pudo, con intento de que en un día señalado se hiciese un solemne sacrificio a la divina majestad, destruyendo y asolando públicamente aquella abominación, y para esto mandó llamar a todos los principales de el pueblo, y estando juntos les dijo que convenía mucho al servicio de nuestro Señor se juntasen todos los indios de aquella comarca y provincia, allí en la cabecera, para el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo, porque tenía muchas cosas que decirles, y que ellos diesen orden cómo esto se hiciese y no hubiese falta. Hiciéronlo así los principales, como

<sup>8</sup> Ac. Apost. 4.